

# CRONICA INTERNACIONAL

## ANTIGUOS SONOS.

Escribimos tiempo ha en un ensayo sobre el Nilo, que hay lugares que se cargan misteriosamente de flúido, a fuerza de atraer expediciones y de polarizar las contiendas por el poder o por el mando. Sicilia es lugar imantado donde los muertos no mueren del todo. El Eje —se dice— no bombardeó la Acrópolis, ni los aliados bombardearán tampoco Roma. Pero las bombas que caen sobre Siracusa o Castellamare, Agrigento o Messina efunden sangre solar de Grecia y sangre que Roma transfundió en la ya milenaria de Sicilia, en la que ríe la luz de las primeras edades del mundo. Los dioses allí han conjugado estirpes para que den la variedad de sus criaturas a los mitos. Toda Sicilia, ciertamente, está poblada de ecos del *fiat* de que nació antes de que el mar de las mil voces conociese las quillas de los primeros periplos. Crisol de razas ha sido la isla que por el Tirreno y por el mar de Jonia recibía las civilizaciones de que se ha saturado. Laberinto de cruzamientos es Sicilia, entre linajes remotos, como también entre los que la genealogía, de dos mil años a esta parte abarca. Si la isla conoció no pocos, antes de que Ulises la visitara, ha conocido muchos más después. En el tronco de raíz itálica han prendido injertos del cartaginés, del bizantino, del sarraceno, del normando, del suevo, del aragonés y del español que regía Nápoles. Privilegio es para Sicilia la diversidad; pero antes que privilegio, magia, pues es diversidad en la que entran ritos, batallas, dinastías, monumentos y paisajes. Roma está en el campo que da el cereal al granjero, y el aceite, y el

vino, especies sacramentales, a las parcelas en que el agrimensero y el forense ponen romanamente las lindes. Africa está también, y madura con sus vientos, junto a las chumberas, el agave y las pitas. La arquitectura que ordena luminosamente las piedras ha hecho convivir el propileo con la terma o con el anfiteatro, el baluarte roquero con la basílica, y dentro de un mismo edificio la *loggia* con la cúpula esférica que el normando hereda del árabe. Sicilia es pluralidad de stirpes y pluralidad de culturas en una tierra cambiante que ha albergado a las gentes más despiertas del orbe. Sus ciudades suman modos de ser distintos, y cada una por sí se basta. Como Sagasta y Selinunte, urbes mellizas, siempre en guerra, otras se combatieron para no sentirse iguales. Pero Grecia ha enseñado justamente en Sicilia que si los dioses se recrean en nuestras disputas nos agasajan si nos quieren con el don de unidad para premiarnos.

Días atrás, las bombas de la aviación removían en tierra los huesos de un agrigentino a quien la Filosofía debe uno de sus sistemas. Es el que da su nombre a Puerto Empédocles, y enseñó que los elementos de que todo nace y se hace son los cuatro elementos: aire, tierra, agua y fuego; pero los cuatro en uno indivisible, aunque sin dejar de ser cuatro. Aire, tierra, agua y fuego hacen una, siendo tan diversa, a la isla en que Pitágoras enseñó que en el juego de mutaciones del universo las realidades que no cambian son tan sólo los números, de los que el uno es, a su vez, el fundamento divino. Seres y cosas son números concordes, y quien los combina bien, combina sus propios hados, como Agrigento o Cefalú, Roccapalumba o Marsala casi infusamente lo saben. ¡Cuán diversa fué Sicilia y cuán una bajo el puño de Roma o bajo el cetro de los reyes antiguos, o el de los normandos, o el de los Hohenstauffen, o la Casa de Anjou, o los aragoneses, o los Austrias, o los Borbones! ¿Es que allí como dondequiera, las instituciones reales nos imprimen su sello y nos configuran? El hombre es una caña pensante, mucho más frágil que un cetro, que es, al fin, una idea consolidada en siglos. No en siglos, sino en milonios se han consolidado en Sicilia mitos como los de Galatea, Perséfone y el Gigante Encelado, y más aún que los mitos los sillares del templo, de la ciudadela, del pretorio, de la estatua.

ecuestre o del coliseo. Aire, tierra, agua y fuego son los númencos de la isla que sacó una Venus de la espuma del piélagos; pero otra de la lava de sus volcanes. No hay ser ni cosa en Sicilia por los que no pase un nervio de la antigüedad que más amamos, por ser aquella en que la fuente de la juventud renueva inextinguiblemente sus ondas. La sangre que la aviación derrame en Sicilia es sangre de Grecia y sangre de Roma, y un poco también la que nos palpita en el pecho. Los bombardeos a aquellas ciudades nos consternan como todos los que insisten en la crueldad inútil. No somos, eso no, pacifistas, y pedimos a Dios que nos libre de la efusión filantrópica. Que ni hoy ni nunca el beso horade con su poder sumiso la espada. Vivir es contender, y la fortaleza —no se olvide— uno de los dones del Santo Espíritu. Malhaya aquél que ignora la grandeza de las batallas y olvida que muchas veces el Señor escribe derecho con letras torcidas. Mas pese a esta imprecaión, las bombas que caen sobre Sicilia, y por repercusión en la Acrópolis y en el Capitolio, nos hieren, aquí, a nosotros. Antiguos somos también y, pase lo que pase, eternos.

#### UN HÉROE Y UNOS TERRITORIOS EN LA GUERRA DE ÁFRICA.

La guerra de Africa ha tocado por ahora a su fin. ¿Es Cartago quien en esta coyuntura vence a Roma allí justamente donde Scipión supo vencer a Anibal? Eludamos toda alusión retórica. Pierde Italia su Imperio en Africa, pero no renuncia a rescatarlo como tampoco a vivir y a trasvivir para un gran destino. En un héroe de Libia, en el duque de Aosta, concentra Italia el culto a otros cien. Hubo un Emmanuel Filiberto de Saboya que estuvo con Carlos V en Mülberg y diez años después con el rey Felipe en San Quiutín. De otro Emmanuel Filiberto de Saboya, mariscal de Italia y senador, y de Elena de Francia, era hijo el duque de Aosta, de quien Balbo afirmó que era "otro gran latido de su raza". Balbo se inmoló a sí mismo al deber bajo el cielo de Africa. El cuadraviro, además de héroe que cruzaba los mares, fué un colonizador en el continente negro y hacía surgir en el agro de Libia con la

paz de Roma, la vena de agua y el sillar del acueducto, el puente y la calzada. Colonizador fué ante todo Aosta antes y después de que fuese virrey y jefe de las fuerzas del Africa oriental. En él se unían para hacer un héroe de Plutarco cinco excelencias: la de la estirpe, la de las proezas militares, la de las investiduras, la de la inteligencia y la del comportamiento. Sordos hemos de ser al consejo impío que nos manda expiar en nuestros hijos el pecado de ser hijos de nuestros padres. Recusemos igualmente el aforismo que un polemista emitió y que regargarizado ahora por éste, por aquél y por el otro ha perdido su gracia: "Hay que combatir contra nuestros padres al lado de nuestros abuelos." ¡No! Lo nuestro es recomenzar y obedecer la incrcia de la Historia, porque el resto se nos da por añadidura. Desde niño se sintió el duque de Aosta fuertemente atraído por Africa. Ya su padre habló de la llamada del Continente negro a los vástagos de la casa de Saboya, dados a viajes y exploraciones científicas. Con su tío el duque de los Abruzos, hijo del rey de España Don Amadeo, el duque recorrió no pocos países allí: Cedía a la ilusión colonial y al hechizo de las posesiones distantes, que son señales de que un pueblo que vivió como el suyo y como el nuestro muchos lustros de desgana, resucita y se continúa. Se hizo Aosta aviador y estuvo con Graziani en las campañas que dieron a la corona de Víctor Manuel el dominio total del suelo tripolitano. Balbo les hizo a los aviadores la divisa "No hay imposibles". Aosta, que eludía, sin embargo, el énfasis, alternó el ejercicio de las armas con los estudios que le absorbían horas y horas. De ellos se recuerdan siempre los consagrados al clima, al alumbramiento de pozos soterraños, a la roturación de tierras, al tendido de vías y a refugios. Creó el Cuerpo de Camelleros y supo transmitir a oficiales más jóvenes que él los métodos que había ensayado en el Congo o en Marruecos antes de habitar la Libia o el territorio etiope. En 1940 Aosta se cubrió de gloria peleando victoriosamente en los confines de Kenya y de la Somalia inglesa. Con el latín proconsular del Salustio, bronceado en la Numidia de Yugurta, pueden narrarse las jornadas de Amba Aleji, en las que el heroísmo contrae el temple rigurosamente clásico. Honrosísima fué la capitula-

ción después de meses de resistencia en que Aosta y los suyos, sin víveres ni municiones, se crecían al cerco de reveses para sobrepujar la propia bravura. A Aosta prisionero le acogía el mando inglés con honores militares y no sin devolverle la espada. (La fama es prez —y aun prez de preces— y a los grandes capitanes les da el mismo trato y les sienta en su tabla redonda juntos.) En el cautiverio murió el duque y ha legado un haz de ejemplaridades con el haz lictorio, al que supo hourar incansablemente. De los campamentos en que él combatió se alzaba el día de su muerte un redoble de tambores enlutados, y de las tierras que regía todas quisieron serle regazo maternal para guardarle el último sueño. *Grandeza y servidumbre de las instituciones militares* se llamaba un libro del que se habló demasiado. Servidumbre, a Dios gracias, hay en las empresas como en las instituciones que viven siglos, y la hay, por tanto, en el ejercicio de las armas. La grandeza, así y todo, hace olvidar en la profesión castrense la servidumbre y es la que estimula y mueve a los corazones más puros de la tierra después de los de los santos, que han estado tantas veces dentro de la armadura militar, y por algo España tiene por patrono a Santiago Apóstol.

En Aosta concentra Italia el culto a sus héroes de Africa y en el gran soldado queremos saludar nosotros a la nación amiga en un instante en que se sobrepone a la pérdida de territorios tan queridos. “Tornaremos allí”, dice Mussolini, y su pueblo asiente: “tornaremos”. La guerra será ciertamente larga aún y sólo cuando ella acabe se ganarán o se perderán colonias definitivamente.

#### ESPAÑA Y PORTUGAL EN LA CONMEMORACIÓN DE LAS BULAS DE ALEJANDRO VI.

Se cumple en 1943 el quinto cincuentenario de las Bulas de Alejandro VI, “Intercaetera”, de 4 de mayo, y “Dudum liquidum”, de 26 de septiembre. Al solicitar los Reyes Católicos del Pontífice cartas de legitimidad para la posesión de las tierras del Descubrimiento, se ha atendido a antecedentes lusita-

nos. Data de 1454, la bula "Cuncta Mundi", por la que el Papa Nicolás V hace a la Corona de Portugal donación de los territorios que descubre al sur del Cabo Bojador hasta la Guinea. Otra bula de Calixto III amplía en 1456 estas concesiones hasta la India, a la vez que otorga el patronato de la fundación de iglesias a la Orden del Cristo. Otra, en fin, de Calixto IV, de 1481, "Aeternis Regis", confirma los privilegios a los monarcas portugueses, pero exceptúa de la concesión nuestras Islas Canarias. Alejandro VI, cuatrocientos cincuenta años ha, delimita las zonas descubiertas o por descubrir por españoles y por lusitanos y parte los territorios mediante una línea imaginaria que corre de polo a polo y dista cien leguas de las Azores y de Cabo Verde hacia el Occidente y hacia el Mediodía. Desde esa línea hacia el Occidente las islas y las tierras firmes descubiertas o por descubrir, si es que no son de otro príncipe cristiano, serán, con sus dominios, ciudades, fortalezas, lugares, villas, derechos y jurisdicciones con sus accesorios, para los reyes de España. Don Juan II de Portugal cree que esta decisión le menoscaba prerrogativas y recurre ante Alejandro VI, quien, para aclarar bulas anteriores, expide, en septiembre de 1493, la memorable "Dudum liquidum". Antes de que pase un año y ante las cavilidades de los soberanos y las disputas de teólogos y juristas se ajustará el tratado de Torde-sillas de junio de 1494.

Este quinto cincuentenario nos encuentra en Madrid aplaudiendo a los portugueses, que nos han traído los "ballets" de "Verde Gaio". Es un diálogo de familia el que se reanuda aquí luego de ser mantenido entrañablemente en Lisboa. No cambiamos en esta conmemoración expresiones ceremoniosas que resuenen demasiado. Ni Ferro, ni nosotros necesitamos pedir el tono a un diapasón más alto que los demás para decir, por ejemplo, que españoles y portugueses forjaron juntos la unidad física y moral del planeta. Eso ya se sabe, como también que han combatido recientemente por el decoro de Europa y que esta empresa les será contada. Antes que nosotros hablaron en Sevilla y también en Lisboa gobernantes de aquí y de allí a los que asiste el derecho a reordenar destinos y a imprimir altura y rumbo al mañana. El momento

internacional era y es duro, pero, como Pío XII decía, todo gran momento de la Historia lo es porque el Señor en sus designios arcanos consiente que lo sea. Nos atan a Portugal vínculos no de ayer ni de hoy, sino de siempre y el viejo afecto se recompone en rememorar el pasado a la vez que sueña nuestro doble futuro. Ultimamente, en el Congreso de Ciencias de Oporto, se recordaba lo que los españoles hicimos por el globo entre 1415 y 1600. No se nos ha olvidado ni se les olvidará a nuestros hijos lo que los portugueses han hecho. Sobre las Bulas de Alejandro VI mantuvimos diferencias, pero si el orden político es indefectiblemente dialéctica, el orden de la gran Historia es integración, y ahora vemos que las tres razones, la del Papa, la del rey de Portugal y la de nuestros reyes, eran tres razones distintas y una sola razón verdadera. Festejemos juntos, pues, portugueses y españoles, el quinto cincuentenario de las Bulas de Alejandro VI. Vaya nuestra amistad en esta como en cualquier coyuntura a los portugueses de "Verde Gaio" y a otros que nos esperan en su nación, con la misma llaneza con que les esperamos nosotros. Conocemos y amamos la literatura de singular riqueza de la nación hermana, como su historia, sus ciudades, Coimbra o Tamar, Béja o Viana de Castelo, sus monumentos y sus paisajes. No nos cansaremos, con todo, de escribir que es la política la que rige en este momento nuestros afanes todos y da sus leyes al remo y al arado, a la forja y al telar, como da su temple más fino y su ajuste a las almas mejor hechas. La política nos acerca y nos promete quizá grandes jornadas, aunque el porvenir, como los tapices de alto lizo, se teje por el revés y no es fácil vaticinarlo. Si el Generalísimo es parco y Oliveira Salazar incluye el silencio en las artes de prudencia es justo que también nosotros sepamos medir y aquilatar nuestras reflexiones.

Decía Don Fernando el Católico en 1512 a Diego Velázquez, capitán de la isla Fernandina, después de muerta Doña Isabel: "Tengáis muy gran cuidado y trabajéis por todas las vías que pudierais en que todos los indios sean adoctrinados y enseñados en las cosas de nuestra fe católica y permanezcan en ella porque Nós quedemos sin cargo de conciencia". Sin cargo de

conciencia pueden Portugal y España considerar sus proezas, sus obras del entendimiento y sus servicios.

#### KATYN Y LOS MANDAMIENTOS DE LA HONRA.

Tres reglas de oro en el Bushido resumen los mandamientos de la honra: fidelidad al soberano, fidelidad a la raza, fidelidad a la cadena de héroes nacionales. Preceptúan los Códigos del honor de la guerra, como el edicto de Miji Tenno, que la clemencia acompañe al triunfo. La guerra no es un torneo, pero se rige por normas que conceden paridad al adversario. En los doctrinales de la Caballería, que son espejos del honor ecuestre de la Edad Media, la palabra obliga hasta más allá de la muerte. Este es tema de tradiciones legendarias del Imperio del Sol Naciente, como de otras que son del ciclo bretón; pero nacen aquí, en el Finisterre, en que el celta aclimata no menos que entre las brumas armóricas o en el país de Gales. Amadis es un español injerto en franco-celta, y el primero que enseña que prometer es emplazarse ante la Justicia Divina. Aquí, pues, se jura o se promete, y desde luego se cumple, como en las leyendas niponas. Hay, sí, y peso a todo, en el primer libro de Caballería que sale en Cataluña, en el *Tirant-lo-Blanc*, una cierta cordura, como la que Sancho, mucho después, pardamente arrefrana. ¿Es el seny catalán, el buen juicio del pueblo de Eximenic o de Bernart Motge? Pues, sí, aunque en fin de cuentas el caballero andante, al que Martorell da vida es un capitán que le presta su brazo fuerte a la cristiandad amenazada por el turco. Por eso el cura del escrutinio de la librería de Don Quijote, dice: "Aquí, en *Tirant-lo-Blanc* comen los caballeros y duermen y mueren en sus casas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen." Amadis, aunque se llame hijo del Rey de Gaula, es español y encarna como nadie el arte de milicia corporal, que hace del paso por el mundo paso honroso, justa y desafío a la potestad de las tinieblas. España gusta de la letra y del espíri-



tu de esos códigos de honor que los *sumurais* han legado a los japoneses actuales. Un capitán de navío supuso, gasconamente y empenachando a su modo, la conjetura que el almirante Yamamoto, al prometer que se devolverá la Indochina a los franceses, se emplazaba ante los poderes eternos. Esto es ya *rodomontade* y no vieja, sino simplemente anticuada. Dos órdenes, que no son uno ni el mismo, se han mezclado en la sugerión de ese capitán que invoca las reglas de oro del Bushido. Todas las riquezas coloniales del globo pueden ser redistribuídas con equidad, así que la guerra termine. El Bushido codifica virtudes caballerescas para los súbditos del Emperador Hiroito; pero sabe que el Derecho internacional está más cerca del Derecho quirirario, en el que el toma y el daca cuentan, que de los códigos de Caballería para los que la propiedad es señoría y no riqueza. Acatar los mandamientos del Bushido, sin ceder la presa por el deliquio, es acatarlos dos veces. España, en este cambio ultracaballeresco, ha perdido bienes y ocasiones; pero ha escarmentado y juega de otro modo. Salieron de aquí el primer código y el primer libro de Caballería y, en cierto modo, cientos de caballeros andantes son prole de hijos, nietos y bisnietos de Amadis y de Oriana. De aquí salió, asimismo, el postrer libro de Caballería, que no es el *Quijote*, sino el *Persiles y Segismunda*, en que Cervantes vierte el oro otoñal de su senectud redoctorada en melancolía, pero firme en mantener, contra el propio decaimiento, las virtudes caballerosas que son la sal del mundo. Que ella, como se dice en la Escritura, no se nos torne desahrida, ni a nosotros ni a nuestros hijos.

El crimen de Katyn, sobre ultrajar normas a cuyo acatamiento nobleza obliga, envilece la condición humana. Nunca el hombre cae tan bajo que no pueda salvarse, ha enseñado España. Bien es cierto que por alto que esté, no deja de estar al borde del abismo, y a la boca, con rictus de nuestros moralistas, acude mucho esta sentencia que quiere ser repensada. El crimen de Katyn nos ha mostrado hasta dónde el ser del hombre puede degradarse o corromperse. Le ha bastado a un tropel de ex hombres un día para aniquilar patrimonios que la civilización ha logrado en siglos. La sangre de esos diez mil

## CRÓNICAS

oficiales asesinados nos desasosiega a todos. Se resiste el hombre de Occidente a bajar desde las cimas más azules del alma, desde los códigos del honor hasta el abismo de vileza en que los rusos de Katyn se han precipitado. Con nuestra División Azul va a aquellas latitudes la réplica de España. Creemos en los códigos de Caballería y en las formas excelsas del comportamiento. Por eso estamos allí.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.